

con los apóstoles, está tan lleno de dulzura y mansedumbre que los niños vinieron con confianza entre sus rodillas para que los bendijera.

En los cuadros que vamos á hacer de las fiestas cristianas se hallará, lo esperamos, el espíritu del catolicismo, y si conseguimos mostrar las bellezas y la enseñanza que se hallan en estas solemnidades habremos concebido, lo decimos de antemano, una obra útil, porque es bueno hacer amar á los hombres lo que en las agitaciones y fatigas de la vida les procura mas reposo: y ya lo hemos dicho, el cuerpo no reposa sino cuando goza el alma de la paz ¿Y puede el mundo darle esta paz? No. Sus turbias aguas no pueden apagar la sed incesante que atormenta á la sociedad humana; para desalterarla es menester conducirla á las puras ondas de Siloe, aquellas aguas vivas de que habla el evangelio y que la samaritana obtenia bajo las palmas oyendo la divina palabra que alivia, que consuela y que salva.



## DOMINGO.



ANTES de hablar de las fiestas de los hebreos hemos descrito la solemnidad del Sábado: antes de bosquejar las fiestas cristianas establezcamos la santidad del **DOMINGO**.

Para honrar el dia de la resurreccion del divino maestro establecieron los apóstoles que fuese el dia de santificacion de los cristianos el Domingo, primer dia de la semana, segun los hebreos, y el dia consagrado al sol por los pa-

ganos. Desde el tiempo de san Juan el evangelista se llamaba este día *dies dominica*.

San Bernabé en su epístola dice: « Celebramos este día con alegría en memoria de la resurrección de Nuestro Señor, porque en tal día salió del sepulcro. »

San Ignacio el martir, en su carta á los magnesios quiere: « Que honremos este día del Señor, día de resurrección, el mas bello y excelente de los días. »

San Justino dice: « Que los cristianos se juntaban en aquel día porque era el de la creación del mundo. » San Ireneo, Tertuliano, Orígenes dicen lo mismo.

Llevado san Justino ante Marco Aurelio y yendo al martirio revela al emperador idólatra toda la excelencia del Domingo.

« En el *día del Señor*, dice, que otros llaman *del sol*, nuestros hermanos de las ciudades y de los campos se juntan en un mismo lugar y se leen allí los escritos de los apóstoles ó los libros de los profetas. Concluida la lectura, el que preside la asamblea toma la palabra y exhorta á los asistentes á que practiquen las máximas que acaban de oír: todos se levantan luego para orar, y se ofrece en seguida vino con agua que se distribuye á los fieles. Después de la consagración y las acciones de gracia, y antes de separarse, los que pueden contribuir al alivio de los pobres y á la libertad de los cautivos de-

positan sus dones voluntarios. Nosotros escogimos el Domingo para juntarnos, porque es el primer día de la creación del mundo y el en que Nuestro Señor Jesucristo resucitó de entre los muertos. »

¿ Que cosa mas pura, mejor, ni mas santa que este Domingo primitivo? ; Juntarse como hermanos para amarse cada día mas, comer el mismo pan sagrado en la misma santa mesa, alabar juntos á Dios y juntos socorrer á los pobres, consolar los afligidos, rescatar los cautivos, fortificarse unos á otros contra las persecuciones leyendo los actos de los apóstoles y de los mártires, elevar el alma con la poesía de los profetas, no tener sino un corazón y un espíritu!... ; Que admirable manera de santificar el día del Señor!

Cuando los primeros cristianos referían á sus perseguidores la santidad de sus fiestas, ; que sorpresa no debían sentir los griegos y romanos, esos voluptuosos del mundo, adoradores de Júpiter y Venus, y de Flora y Mercurio, cuando se contraponía tanta pureza á sus impurezas, tanta sabiduría á sus locuras, tan castos pensamientos á sus abominaciones! La vergüenza debía cubrir el rostro de los que se sentaban en los tribunales para interrogarlos y perseguirlos, y nosotros nos persuadimos que si esta comparación entre ellos y los cristianos no se hubiese presentado á su espíritu, habrían sido

mas tolerantes y menos crueles, porque siempre se detesta á aquel que nos hace avergonzar. ¿Podrá amar el reptil que se arrastra entre las plantas venenosas de los pantanos, al cisne blanco que de las puras ondas de los lagos se levanta hasta el cielo?

Desde el origen del Domingo percibimos cuan propio es este dia para elevar el alma lejos de las inquietudes de la tierra. San Juan, desterrado por el emperador Domiciano á la isla de Patmos, nos anuncia que fué el dia del Señor en el que lo arrebató el espíritu de Dios á las alturas del cielo para revelarles lo que los ojos no habian visto, los oídos escuchado, ni concebido jamas el corazón del hombre.

Esta meditacion y mandamiento de oraciones el santo dia del Domingo, este recogimiento del alma, el canto de los himnos, la pompa de los altares, son en efecto poderosos medios de acercarnos á Dios: estas cosas santas son como las gradas de aquella maravillosa escala que Jacob vió en un ensueño colocada entre la tierra y el cielo cuando dormía sobre la piedra de Betsel. Sintióse así la utilidad espiritual del Domingo desde los primeros dias del cristianismo: y apenas hacia veinte y cinco años que Jesucristo habia resucitado, y todos los apóstoles, escepto Santiago el mayor, vivian aun, cuando pasando san Pablo por la Troada para ir á Jerusalem, se juntaron los fieles el primer

dia de la semana, el dia del Señor, para partir el pan con él. En esta asamblea predicó san Pablo y resucitó un muerto.

Habiendo el gran Constantino vencido por la cruz, hizo una lei para que el Domingo fuese celebrado en todo el imperio romano, y quiso que su edicto tuviese toda su fuerza en sus egércitos. Como soldado, sabia que los soldados hallan valor con la religion, y mandó que en el dia del Señor se orase y se reposase en los campos.

Acia el fin del reinado de Constancio Cloro, hijo y sucesor de aquel príncipe, renovó el concilio de Laodicea la orden de celebrar el Domingo.

Cien años despues el emperador Leon publicó una nueva ordenanza para prohibir toda accion de proceso y exaccion en aquel santo dia; interdijo tambien por el mismo edicto las fiestas de teatro y del circo. En su pensamiento, así como en el de otros legisladores, estos juegos pueden agradar al espíritu, empero no lo santifican.

Es verdad que el hombre que ha trabajado durante seis dias para ganar su pan y el de su familia, tiene necesidad de un dia de descanso; pero, ¿lo hallará en el tumulto y la agitacion? El viagero cansado se sienta á la sombra de los árboles que cercan el camino, y el hombre que quiere recuperar su fuerza en el sendero fre-

cuentemente malo de la vida, va á ponerse á la sombra del altar. Aunque vaya solo, sacará siempre alivio y quietud; pero en día fijo, el Domingo, hallará allí toda la familia reunida y descansará al lado de su padre, de su madre, hermano y hermana. Este reposo vale mas que cualquiera otro.

En esta asamblea de los fieles de una misma ciudad, bajo un respecto puramente humano, hai una gran ventaja; estas santas reuniones hacen que las familias se conozcan, y tal hombre que no se vería con otro se hallan allí una vez cada ocho días bajo los ojos de Dios que lee en los corazones. Si hai en el fondo del alma de aquellos cristianos que deben verse al pie de los altares algunas ideas de odio y rencor, este rencor y este odio, como malos espíritus, abandonarán el corazon que les habia dado acogida y huirán para no parecer delante de aquel que arroja los demonios. No lo dudemos, muchos hombres que se hubieran detestado toda su vida aprenden á no aborrecerse orando juntos; llamando ambos á Dios *Nuestro Padre* se ven obligados á abrigar en su corazon sentimientos de *hermanos*.

Así, pues, bajo las consideraciones de sociedad y de paz es útil y deseable la celebracion del Domingo, y los legisladores han dicho: « Que si el día del Señor no fuese de institucion divina, sería preciso establecerlo como uno de los

medios mas seguros de mantener el órden entre los hombres. »

Tamaño resultado es bueno que se alcance; pero no es este el primer pensamiento que hizo instituir, haciendo obligatoria, la santificacion del Domingo. Desde que la primer alma se reconoció tuvo un pensamiento, y este pensamiento fué de adoracion, así como el pajarillo que siente sus alas, á pesar de la belleza de su nido, del suave plumon en que descansa y del dulce calor de su madre, se lanza acia el cielo. Lo mismo hizo la primer alma: su primer movimiento fué acia Dios, y legó Adán á todos sus hijos la necesidad de adorar; y aunque estos no vivan en el reino casi celestial que habia sido dado á su padre, ¿la tierra que habitan no es bastante bella para exitar su amor y su reconocimiento? ¿No es para ellos que las flores nacen y florecen, que las frutás se llenan de un dulce sabor, que los árboles estenden sus ramas como un dosel de verdura, que las fuentes surten de los céspedes, que los rios ruedan sus ondas y que el sol, la luna y las estrellas brillan en el cielo? Si: todas estas cosas, todas estas maravillas son para nosotros, y por todas estas maravillas y por todas estas cosas debemos solemne y regularmente agradecer al Criador. ¿A quien ha recibido tanto, viniendo á ser tan rico, parecerá demasiado un día de gratitud? ¿Verguenza á aquel de nosotros que halle

este reconocimiento pesado ó difícil ! Los corazones ingratos son miserables corazones y se parecen á las frutas que no puede el sol madurar y que no tienen sabor ni perfume.

A la memoria de la *creacion* vienen á reunirse en el día de descanso de los cristianos otras grandes *reminiscencias*. Jesucristo resucitó el Domingo, y fué tambien el Domingo que bajó el Espíritu Santo sobre los apóstoles.

Era en verdad una magnífica conmemoracion el observar la del mundo creado por Dios ; pero es mas santa la de la encarnacion y la de la redencion. El mundo sacado de la nada por el poder del Criador es admirable; pero la del mundo redimido por la bondad del Salvador... ¡Es bastante para bendecirlo durante la vida del hombre y durante la eternidad de Dios !

Y para que nos podamos abandonar á estos pensamientos de amor, de reconocimiento y de adoracion, entregando á ellos enteramente nuestras almas, nos están entredichos todo trabajo y toda ocupacion profana en el día que debe ser santificado. Dios que ha hecho nuestro corazon sabe que la onda no es tan móvil ni tan fácil de agitar, y para que no esté turbado por las preocupaciones del mundo en el día del descanso, la religion nos lleva á la paz del santuario, allí en donde no soplan los vientos de la tierra.

¡Ah ! ¡Todo hombre que se hace viejo sabe lo

que vale esta paz ! Ella es la que hace adivinar el cielo y la que da alas á nuestro espíritu. El ruido la absorbe y la estingue, el silencio le habla y la exalta. Sin duda que entre los bienaventurados hai inefables conciertos ; pero me persuado que entre las delicias de lo alto hai tambien de estos silencios que hacen tanto bien aquí abajo : de estos silencios en que quisiera uno que el arroyo no corriera, que el viento no agitara las hojas, que el pajarillo no cantara y que el péndulo del relox no hiciese oír con su balance los segundos. ¡Silencios que dan reposo al cuerpo y que engrandecen el alma lanzándola á lo infinito !

Pero no creais que soi esclusivo, no : gusto tambien de oír los himnos del Domingo cantados en el coro. Las voces argentinas y puras de los niños van bien con las voces armoniosas y graves de los cantores y con los magestuosos acompañamientos del órgano : gusto tambien de la voz del pueblo en la nave que responde á los versículos y antífonas del santuario.

Oigo con gusto la multitud cristiana y me junto á ella cuando canta con los sacerdotes el *Kyrie eleison*, el *Gloria in excelsis Deo* y el *Agnus Dei*.

La misa alta del Domingo, ó misa parroquial, es mui superior á las prédicas de los protestantes : tienen estos tambien salmos y cantos armoniosos ; pero hai no, se que de frialdad bajo

las bóvedas de sus templos. Se percibe que Dios no está allí; en tanto que en nuestras iglesias se está como en el cielo: los santos y los ángeles rodean á uno y lo elevan de tal modo que no se cree estar en la tierra.... Decid, ¿no habeis sentido frecuentemente dulces lágrimas bajo vuestros parpados ebatidos cuando, al momento de la elevacion, guarda todo silencio en la inmensa basílica y que apenas se oye el ruido de las cadenas del incensario y las suaves modulaciones que os llegan como voces que bajan del cielo, y cuando suspira y tiembla el órgano delante del Señor que el sacerdote ha llamado al altar? ¡Oh! ¡Aquel es un momento de santa delicia que ningun otro culto ofrece!

Todos los recuerdos del Domingo primitivo se han conservado entre nosotros: en nuestras misas altas se encuentra el pan roto entre los fieles, la lectura de los libros santos y los dones para los pobres y los cautivos. Lo que san Justino confesaba á Marco Aurelio lo practicamos nosotros despues de diez y seis siglos.

En memoria del pan distribuido á los fieles, he aquí entre nosotros que dos coristas llevan sobre andas guarnecidas de paños blancos y de cirios encendidos el pan bendito.

En memoria de los dones para el alivio de los pobres y el rescate de los cautivos, aquí el sacerdote y las cofradías reciben las limosnas: Ora se pide para los enfermos y huérfanos, ora para

los prisioneros. Aquella jóven, con su bolsón de terciopelo carmesí, se dirige á vosotros para obtener un don que procure ramilletes de flores al altar de la Virgen; aquel anciano de la bandolera negra sembrada con lágrimas de plata es un miembro de la cofradía de la buena muerte, y pide para comprar atahudes para los pobres.

En memoria de los actos de los apóstoles y de los libros de los profetas, que los diáconos leían antes á los fieles reunidos, oíd al cura en el púlpito que lee el evangelio del día y ruega por los pontífices y los reyes, los ricos y los pobres, los enfermos y los inválidos, los viajeros y los desterrados.

La religion arregla todo así. No hai un dolor sin consuelo, una miseria sin alivio, una necesidad sin socorro: y en cada Domingo nos muestra todas estas buenas obras juntas como en un haz. Si algunos espíritus sobervios desdeñan una misa alta, es porque no saben las antiguas y santas costumbres que recuerda. ¡Admirable cosa! No hai en toda la cristiandad un pueblo ni aldea que no ofrezca cada ocho días á los sabios y á los eruditos reminiscencias de la antigüedad, memorias de los césares y del circo, recuerdos de las catacumbas y de los mártires.

El oficio de la tarde no tiene menos bellezas que el de por la mañana: las vísperas tienen sus salmos poéticos, y las salves sus himnos, sus cirios y su incienso.

Las almas piadosas redoblan de fervor cuando el sacerdote, revestido con su capa pluvial bordada de oro, viene á arrodillarse delante del altar y entona el *Tantum ergò*, que los sonidos graves del órgano acompañan desde el fondo de la iglesia.

En este instante la luz parece mas débil, las vidrieras no le dan paso al interior, y las llamas de los cirios brillan como estrellas á cada lado del tabernáculo. Esta hora misteriosa que ya no es el día, no siendo tampoco aun la noche, es la que la devoción prefiere al esplendor del sol, porque si tiene lágrimas que derramar no teme que se vean.

Desde que el sol nace hasta que se pone se santifica así el día del Señor. Entre los oficios de la mañana y de la tarde las familias cristianas se reposan con un descanso lleno de buenas obras y palabras edificantes. Los hijos y los nietos vienen aquel día á sentarse á la mesa del padre y del abuelo, y juntos hablan de la plática ó del sermón de la mañana y recuerdan los nombres de los que han sido amonestados, y la madre cuenta, como hermana de caridad, delante de los convidados, las miserias, las mugeres de parto, los huérfanos y ancianos paráliticos que hai que socorrer en el barrio.

Así, pues, el Domingo ha pasado dulcemente para aquellos que saben santificarle, y la oración, la caridad, los regocijos inocentes, las

reuniones de familia y una corta apacible desocupacion lo han completado. Y cuando este día concluye, y como todos los otros días va á caer en el abismo de lo pasado, va, pero radiante de las buenas obras que ha hecho hacer y perfumado con el incienso que se ha quemado ante los altares.

Hubo un tiempo en que los reyes de la tierra reconocian que habia una magestad sobre la suya: entonces ellos se elevaban á los ojos de las naciones, porque se bajaban ante el poder divino, y los pueblos se inclinaban con gusto ante los príncipes que se arrodillaban delante de Dios.

Acababa de nacer el cristianismo cuando los poderosos juzgaron que serian mas fuertes apoyándose en la religion: así es que vemos á Constantino el grande ocupado desde el primer año de su conversion en hacer santificar el Domingo. Él que ceñia la espada, él que pasaba la vida en el campo de batalla, quiso que los soldados romanos, que eran ya como él soldados del Cristo, adorasen á Dios en su santo día, y él mismo compuso la oracion que debian decir al reunirse en el campo, separadamente de los páganos.

En esta orden dada por Constantino á sus tropas debemos ver otra cosa mas que la idea de aumento de poder; los corazones elevados sienten la necesidad del reconocimiento, y el

césar que había vencido por la cruz, debía por gratitud hacerla adorar. Yo no quiero ver siempre en los actos de los emperadores, de los reyes y de los grandes del mundo, fines interesados; y hoy que rodea tan poca gloria á los troyanos no se debe despojar de todo sentimiento noble á los hombres que se ven condenados á sentarse en ellos.

No se contentó Constantino con hacer adorar al Dios de los ejércitos por sus compañeros de armas; quiso aun que cesasen los procesos y alegatos el día que un Dios de paz había reservado para sí. Uno de sus edictos prohíbe á los jueces sentarse en sus tribunales el día santo del Domingo.

Los emperadores Tediato, Anterio, Valentiniano y Leon prohíben también espresamente abogar y pronunciar juicios en el día del Señor, y la pena en que incurrian los transgresores era la pérdida de su empleo y la confiscación de sus bienes. Quería aun Valentiniano que este delito fuese clasificado entre los sacrilegos y, según él, era profanar una cosa santa el hacer entrar en el día del Domingo otros pensamientos que no fuesen religiosos. Era como verter en el cáliz sagrado un vino impuro.

Las leyes hechas por los primeros emperadores fueron conservadas religiosamente en el Basilicon del bajo imperio. Los visigodos, los ostrogodos, los lombardos, los francos, los an-

glo-sajones hicieron otras semejantes, y estos pueblos que sentían tan poco la paz no querían que el reposo del Domingo se turbase con los procesos; al espíritu de pleito y de conquista le imponían una tregua, y los pleiteantes y los soldados se detenían en aquel día.

Eduardo el confesor, con leyes que confirmó después el famoso bastardo Guillermo de Normandía, estatuyó que no sería permitido arres-tar por deudas desde las tres de la tarde del sábado hasta el lunes por la mañana: pensamiento de caridad y bien digno de un santo. Quería Eduardo que el deudor orase en paz y que el altar fuese para él un lugar de seguridad y refugio.

Las leyes de Gontran, rei de los burguiones, en 583, las de los bávaros, las de los germanos, las de los godos y las de los húngaros de la misma época interdecían todo trabajo á los cristianos en el séptimo día. Y á pesar de la barbarie de los tiempos debemos decir en honor de nuestros antepasados que el reposo del día santo estuvo bien comprendido. Así, pues, llevar socorros á los enfermos, curar sus llagas, aderezarles su cama para aliviar sus enfermedades, preparar el mantenimiento necesario para el día, salvar una cosecha de inundación, apagar un incendio, rechazar al enemigo, no era mirado por estos viejos legisladores como acciones reprehensibles; lo que condenaban era el amor de



la ganancia tan arraigado y activo entre ciertas gentes que sienten y miran como perdidos todos los momentos que no se han empleado en trabajos productivos propios para enriquecerlas.

Llenos de fé y de piedad los emperadores, reyes y pontífices, que hicieron las leyes que hemos citado, creían que el Criador nos habia dado tanto, que debíamos siquiera darle *un dia*, y para que el pensamiento público pudiese subir hasta él, le habian quitado los obstáculos del trabajo que le tienen siempre doblado acia la tierra. Es como si hubieran dicho al alma: ¡Pobre ángel abatido, tú has sido ligado estrechamente á la pena; pero todos los séptimos dias serán para tí dias de descanso y libertad, dias en que caerán tus cadenas! ¡Sabemos que pasado el dia del Señor volverás á tomar tu vestido de esclavo; empero, paciencia, alma cristiana, porque hai en lo alto y mas allá de la tumba un dia del Señor que no se concluirá! ¡El dia de Dios es la eternidad!

El año 595 Childeberto II, rei de Francia, hizo un edicto por el cual todo hombre libre convencido de haber trabajado el Domingo era condenado á una multa de quince sueldos, y el siervo culpable del mismo delito pagaba tres, ó se sometía á la pena de azotes.

Pepino el breve, en 755, prohibió entregarse á obra manual, pero permitió viajar en coche, que era antes prohibido. Carlomagno amplió esta

lei á tres casos: al servicio de sus egércitos, á los aprovisionamientos y á la sepultura de los muertos. Así, pues, en aquellos tiempos de ruido y de gloria, cuando se veía pasar un carruage se pensaba en los soldados que defendian el país, en la miseria de los pobres y en la sepultura de los muertos.

Segun las leyes de Alfredo el grande y de Gu-trun el danés, el hombre libre que no observaba el descanso del Domingo venia á ser esclavo, y para castigarlo por su desobediencia á una lei divina, se le sometía á los caprichos de un dueño tan inconstante como él. ¡Desgraciado cambio! porque vale mas obedecer á Dios que á los hombres.

San Esteban de Hungría habia ordenado que el que trasgrediera la lei del dia santo perderia sus bueyes y su arado, si se le habia visto labrando la tierra, y para que se le volviesen sus instrumentos aratorios debia volver á comprarlos por limosnas para los pobres; de otro modo sus campos se llenaban de maleza, y el viagero viendo las tierras del rico incultas podia decir: ¡Aqui Dios no ha sido honrado como quiere serlo, y los pobres no han sido socorridos con el rescate del arado!

En la antigua lei vimos que se contaba á los judíos el número de pasos que podian hacer el dia del Sábado. La fé religiosa de nuestros padres les habia hecho tambien pensar que en el

dia del Señor no se debía viajar, y en muchos países era mal visto montar en coche ó darse á la vela el Domingo.

En 747 un concilio reunido por Cutberto, arzobispo de Cantorberi, prohibía á todo sacerdote y á todo monge el viajar en el día que se debía santificar por la oracion y el descanso; solamente una cosa podía alejarlos del altar ó del claustro, que eran los gritos del infeliz que los llamaba.

Aun hoy en Inglaterra las personas que viajan en Domingo pagan en las barreras de los caminos reales mucho mas caro que en los dias ordinarios, y en aquel pais, todo de movimiento, de comercio y de industria, la posta detiene sus caballos y el correo no lleva cartas ni despachos en el dia del Señor.

Y dice Albano Butler: « Las obras serviles se toleran en las circunstancias siguientes: 1º Si se trata de cosas poco importantes, como arrancar las malas yerbas en su jardin, apuntar algun remiendo á su vestido; 2º Si el servicio divino lo exige, como llevar una cruz ó reliquias, lo que hacen los sacerdotes en el templo sin violar la lei del Domingo; 3º Si se presenta algun acto de piedad, como enterrar los muertos; 4º Cuando la vida, la salud, la reputacion, la fortuna, están en peligro inminente que no sufre retardo; 5º Cuando las mieses están amenazadas.»

En el cuerpo del derecho canónico se halla la dispensa concedida por el papa Alejandro III para la pesca de los arenques y otros peces de pasage.

La religion, que es santa, quiere que el Señor sea alabado y adorado en el dia establecido por ella; pero si es santa es tambien madre, y al pensar en la gloria de Dios no ha olvidado las necesidades de los hombres, que son sus hijos.

Ahora que he tratado de demostrar el origen del Domingo y la santa utilidad de su descanso, ahora que he nombrado los emperadores, reyes y pontifices que han hecho ordenanzas y leyes para que el dia de Dios fuese santificado por los pueblos, me será permitido dolerme de nuestro pais. Hubo un tiempo en que se le llamó *cristianísimo*. ¿Que título podria dársele hoy?

En todo el mundo por donde se predica el evangelio guardan las naciones silencio el dia del Domingo. En ese dia el trabajo y la industria no aturden los barrios; y si algunos rumores se levantan de su seno son rumores santos: el sonido de las campanas que llaman á las iglesias y los ecos que repiten los cánticos que se entonan delante de los altares. Pero en la patria de Genoveva y Clotilde, Radegunda y Luis IX, ¿cuales son los sonidos que suben acia el cielo el dia en que las otras naciones se recojen y adoran?

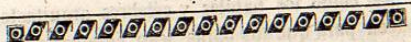
En lugar de dar el ejemplo del reposo orde-

nado, los gefes de la nacion dan el del trabajo, concediendo así un premio á la impiedad. En los monumentos que hacen edificar con los dineros de un pueblo católico, suenan el Domingo los golpes del martillo y del hacha, la sierra hace rechinar el mármol, el cincel pica la piedra y vuela el polvo blanco como en los otros dias.

Cuando un gobierno ha llegado á este punto en materia de religion, ¿con que derecho hallará mal que no se crea tampoco en él?... Un libro que nunca engaña contiene esta frase en sus inmortales páginas: « Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que se esfuerzan en construirla.»

« Si el Señor no defiende la ciudad, vela en vano el que le guarda.»

No querer santificar el dia del Señor es esperarse á ver venir muchos dias malos.



## ADVIENTO.

**S**i quereis que un bello monumento se note dignamente, si deseais que por sus detalles y por su conjunto mande la admiracion á los que van á él, haceldle una noble llegada. Para todo es preciso preparar el espiritu. Antes de llegar á un jardin magnifico se adivina su grandeza: sus anchas vias y largas avenidas disponen para admirar, y cuando se llega donde se ha de ver bien, se siente lo que se debe sentir y se comprende la maravilla.